

ACOMPañAR LA LLAMADA EN CATEQUESIS

Isabelle Morel¹

INTRODUCCIÓN

Desde el inicio de nuestro congreso, hemos distinguido cuidadosamente “vocación” y “llamada”. El movimiento que nos preocupa en primer lugar es el de Dios mismo, que toma la iniciativa de la llamada. Es una acción libre y gratuita en la que el amor del Padre se expresa a cada uno, porque a cada uno lo llama por su nombre. Las historias bíblicas dan testimonio de esto muchas veces:

Con Abraham (Gen 12, 1-9):

El Señor le dijo a Abraham: “Deja tu tierra, tus parientes y la casa de tu padre, y ve a la tierra que yo te mostraré.

Te haré una gran nación, te bendeciré, haré grande tu nombre y serás bendito.”

1 Doctora en Teología en el “Theologicum- Facultad de Teología y de ciencias religiosas del Instituto Católico de París. Enseña teología catequética y asegura la dirección adjunta del ISPC-Instituto Superior de Pastoral Catequética. Ha defendido su tesis doctoral en 2013 sobre el Tema “Les “annés Pierres Vivantes” dans la catéchèse en France- Un analyse théologique”. Es miembro del Consejo de administración de la SITP – Sociedad Internacional de Teología Práctica, del Equipo Europeo de Catequesis y del comité de redacción de la revista “Lumen Vitae”. Igualmente es responsable del servicio de formación en la diócesis de Besançon en Francia.

Con Moisés (Ex 3, 1-10)

Moisés fue pastor del rebaño de su suegro Jetró, sacerdote de Madián. Dirigió el rebaño más allá del desierto y llegó a la montaña de Dios en Horeb.

El ángel del Señor se le apareció en la llama de una zarza ardiente. Moisés miró: la zarza ardía sin consumirse.

Moisés se dijo a sí mismo: “Voy a dar un rodeo para ver esta cosa extraordinaria: ¿por qué no se consume la zarza?”

El Señor vio que había dado un rodeo para ver, y le llamó desde el medio de la zarza: “¡Moisés! Moisés! Él dijo: “¡Aquí estoy!”

Con Samuel (1S 3, 1-10)

El joven Samuel estaba sirviendo al Señor en presencia del sacerdote Elí. La palabra del Señor era extraña en aquellos días, y la visión no estaba muy extendida.

Un día, Eli estaba acostado en su lugar habitual: su vista se había reducido y no podía ver bien.

La lámpara de Dios aún no se había extinguido. Samuel estaba acostado en el templo del Señor, donde estaba el arca de Dios.

El Señor llamó a Samuel, quien respondió: “¡Aquí estoy!”

Corrió hacia el sacerdote Elí y dijo: “Me llamaste, aquí estoy”.

Eli respondió: “No te llamé. Vuelve a la cama. Se fue a acostar”.

Una vez más, el Señor llamó a Samuel. Y Samuel se levantó. Fue a ver a Elí y le dijo: “Me llamaste, aquí estoy. Eli respondió: “No te llamé. Vuelve a la cama”

Samuel aún no conocía al Señor, y la palabra del Señor aún no le había sido revelada.

Una vez más, el Señor llamó a Samuel. Se puso en pie. Fue a ver a Eli y dijo: “Me llamaste, aquí estoy. Entonces Elí comprendió que era el Señor quien le llamaba, y él le dijo: “Vuelve a la cama, y si te llama, dirás:» Habla, Señor, que tu siervo escucha».

Samuel fue a su casa.

El Señor vino, se quedó allí, y le llamó: «¡Samuel! Samuel! Y Samuel respondió: “Habla, que tu siervo escucha.»

A cada uno lo llama por su nombre, por lo que para nosotros tiene una gran importancia el día del bautismo:

«N., yo te bautizo en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo».

Pero esta llamada siempre está vinculada al envío: también se verifica en los textos que citamos anteriormente. ¡Abraham, Moisés, Samuel son llamados y enviados! «Hay una dialéctica entre la llamada y el envío; Pablo se llama a sí mismo «apóstol llamado» (klêtos apóstolos), «apóstol» que significa «enviado»; hay un juego recíproco entre anterioridad y finalidad². Esto no es trivial porque el envío se realiza realmente cuando el que recibe la llamada (y lo envía) decide libremente aceptar la llamada y tener un acceso positivo a la solicitud de envío. Uno no va sin el otro. Ambos movimientos, la llamada del Señor y el envío del llamado, están vinculados, porque la respuesta del llamado es aceptar (o no) de ser enviado.

Por lo tanto, si se trata en catequesis, de acuerdo con la etimología del verbo griego katechein, de «hacer resonar la palabra de Dios» y de generar un eco a cambio, de hecho hay una responsabilidad para el catequista de acompañar la toma de conciencia de que Dios llama al catequizando por su nombre, es decir, personalmente, y que acompañe el proceso final de su respuesta. No se trata aquí de «obligaciones de resultados» para el catequista, sino de una responsabilidad de acompañamiento que consiste en «crear las condiciones»

² Marie Odile MÉTRAL-STIKER, “VOCATION”, Encyclopaedia Universalis [en línea], consultado el 8 de abril 2019. URL: <http://www.universalis.fr/encyclopedie/vocation>

para que pueda tener lugar el encuentro entre el Señor y el catequizando.

Nuestro objetivo es observar de cerca cómo la pedagogía catequética actual aborda esta responsabilidad de acompañamiento. Ayudar a los catequizandos a darse cuenta de que son llamados por el Señor y que están invitados a responderle aceptando ser enviados por Él: esa es una de las misiones de la catequesis.

Lo haremos en dos etapas. Primero poniéndonos en la escuela de un maestro en el acompañamiento, San Ignacio de Loyola, y recurriendo a la tradición espiritual que nos dejó. Luego, observando más de cerca, en detalle, cómo un material catequético, ahora ampliamente utilizado en Francia, aborda esta responsabilidad del acompañamiento. El que elegí proviene de una colección para niños de 8 a 11 años, titulada «Señor, nos llamas» y que tiene doce módulos. Uno de estos módulos se titula «Dios llama y envía». Afortunadamente está adaptado a nuestro propósito

LA PEDAGOGÍA IGNACIANA

Si se trata de despertar en el que está siendo acompañado la toma de conciencia de que Dios lo llama, primero preguntémonos cómo san Ignacio aconseja acompañar esta toma de conciencia. Para él, conviene ponerse al servicio de la relación entre la persona llamada y Dios, atestiguando la recepción por el otro de este llamado y del proceso que lleva a responder.

En el tesoro de la espiritualidad ignaciana, podemos encontrar muchos puntos de apoyo para eso. Vamos a insistir en tres elementos que parecen particularmente interesantes para nuestros propósitos: la «petición de gracia», la contemplación de Cristo en los Evangelios y lo que San Ignacio llama «mociones» o «pensamientos», es decir, los movimientos internos que están en cada uno.

La petición de gracia

En los Ejercicios Espirituales³, la «petición de gracia» es un momento que siempre tiene lugar en el umbral de la oración, como condición previa necesaria para la reunión que comienza. Permite, con el tiempo, aprender a estar disponible para Dios. Hay alrededor de quince ejemplos en el libro que San Ignacio nos dejó.

¿Qué se trata de preguntar exactamente?

«La oración preparatoria consiste en pedir la gracia de Dios nuestro Señor, de modo que todas mis intenciones, mis acciones y mis operaciones estén puramente ordenadas al servicio y alabanza de su divina Majestad» (ES 46). Por lo tanto, se trata de entrar en una actitud interior, una postura, que nos desconcentra de nosotros mismos y se dirige hacia el Señor con quien nos reuniremos en oración. Pero un poco más lejos, paradójicamente a priori, San Ignacio aconseja a sus compañeros «Pregúntale a Dios nuestro Señor lo que quiero y deseo» (ES 48). «Lo que quiero y deseo» podría entenderse entonces como una petición muy egoísta, al menos egocéntrica... La nota al pie aquí es muy importante, especifica qué es lo que se entiende por esto:

«Lo que quiero y deseo», es decir, lo que quiero de la gracia de Dios. Para que la oración fructifique, debemos expresar nuestro deseo a Dios, de acuerdo con las necesidades que el Espíritu nos hace sentir y de acuerdo con la gracia del misterio que contemplamos».⁴

«Expresar a Dios nuestro deseo» es equivalente a aprender, con tiempo y «ejercicios» sucesivos, a reconocer este deseo, a aprender a nombrarlo, a tomar conciencia de lo que necesitamos. Pero es sobre todo darse cuenta, o recordar, que lo que necesitamos por encima de todo lo demás no es responder a las satisfacciones efímeras y pasajeras, sino desear profundamente lo que Dios mismo quiere. En otras palabras, se trata de estar disponible, de corazón abierto, para pedirle al Señor la gracia de que mi deseo se convierta en el

³ Saint IGNACE DE LOYOLA, *Exercices Spirituels*, Collection Christus – Textes, DDB, 1974

⁴ Ibid., p.44

deseo de Cristo mismo. «La oración es el deseo de Dios para sí mismo, para encontrarse con él, amarlo y acoger su amor»⁵. Entonces el canto del salmista se puede repetir completamente: «Dios, tú eres mi Dios, te busco al amanecer: mi alma tiene sed de ti; después que languideces mi carne, tierra seca, alterada, sin agua» (Sal 62,2).

Sin embargo, uno debe atreverse a preguntar... Este es a veces uno de los obstáculos para un verdadero encuentro con el Señor. Puede suceder que uno se perciba a sí mismo como tan insignificante ante el Señor, que no se atreva a «molestarlo». O cuando uno se siente culpable de una oración que uno consideraría «egoísta» porque se volvió hacia sus propias necesidades. O cuando no entendemos la necesidad de preguntar, asumiendo que «el Señor sabe mejor que nosotros lo que necesitamos». Ahora, aquí es donde se debe hacer una conversión porque el que no pide nada no reconoce que necesita a los demás, de un Otro, y que no puede ser suficiente por sí solo. En cierto modo, quien no aprende a preguntar, el yo es autosuficiente y no puede estar disponible para la llamada de Dios. Aquí podemos echar un vistazo a la pedagogía de Cristo mismo con el ciego Bartimeo:

«Jesús y sus discípulos llegaron a Jericó. Y mientras Jesús salía de Jericó con sus discípulos y una gran multitud, el hijo de Tímeo, Bartimeo, ciego que estaba rogando, estaba sentado al lado del camino. Cuando escuchó que era Jesús de Nazaret, comenzó a gritar: «¡Hijo de David, Jesús, ten piedad de mí! Muchas personas lo reprendieron para silenciarlo, pero él gritó: «¡Hijo de David, ten piedad de mí! «

Jesús se detuvo y dijo: «Llámalo». Llamó al ciego, y le dijo: «Confía, levántate; él te llama». El ciego se quitó el manto, saltó y corrió hacia Jesús.

Tomando la palabra, Jesús le dijo: «¿Qué quieres que haga por ti? El ciego le dijo: «¡Rabboni, que vuelva a ver! «

Y Jesús le dijo: Ve, tu fe te ha salvado. Inmediatamente el hombre recobró la vista, y siguió a Jesús por el camino.»(Mc 10,46-52)

⁵ Régine MARIR, “Demander ce que je désire” en “Nouvelles revue Vie chrétienne, n°7, septiembere 2010, p. 20)

En el versículo 51, frente al mendigo ciego, la pregunta de Jesús parece sorprendente, incluso incongruente: «¿Qué quieres que haga por tí?». Uno casi querría decirle a Jesús la evidencia de la necesidad de este hombre: «¡Está claro, sin embargo, qué necesita este hombre! Pero Jesús lo invita a formular su profundo deseo, abre la puerta de la pregunta y, en cierta manera, se acerca a él para que la salvación sea posible. Le invita a formular su deseo de vivir. Hará lo mismo en el Evangelio según San Juan con el hombre ciego de Bethzata: «¿Quieres que te cure?» » (Jn 5,6)

Al invitarnos a expresarnos, Jesús y san Ignacio nos invitan a revelar nuestros profundos deseos, a apartarnos de nosotros mismos para orientarnos hacia Dios. Es una actitud muy diferente de un trabajo de introspección que nos permitiría reflexionar sobre nuestros pensamientos acerca de nosotros mismos, en nosotros mismos. Aquí, se trata de abrirse a la presencia del Señor y de reconocer que podemos esperar todo de Él. Finalmente, es una disposición del corazón difícil de alcanzar y relativamente ajena a nuestro tiempo. Requiere ser educado pacientemente.

Para concluir sobre este punto, notemos que la petición de perdón que San Ignacio recomienda a los participantes en el número 91 de sus Ejercicios Espirituales, consiste en «pedir la gracia de Nuestro Señor, para no ser sordo a su llamada, sino rápido y diligente para cumplir su santísima voluntad. Aquí también, la nota de pie de página vinculada a la palabra «voluntad» nos ilumina para nuestro propósito:

«San Ignacio hablará más de amar y seguir a Nuestro Señor (104), de imitarlo (98, 139, 147), de ser como él (167), de servirlo (168), de participar en sus sentimientos (203, 221), para llegar a un conocimiento interno de su persona (104). Pero, a través de todas estas fórmulas, siempre apunta a la unión de la voluntad con la voluntad de Nuestro Señor (cf. 180): existe al mismo tiempo el término y los medios del verdadero amor».⁶

6 Saint IGNACE DE LOYOLA, *Exercices Spirituels*, op. cit., p.65

A lo largo de los “Ejercicios Espirituales”, al enseñarnos a volvernos a Dios por la «petición de gracia», San Ignacio nos ayuda a abrir nuestros oídos y nuestros corazones a la llamada del Señor.

La contemplación del Cristo de los Evangelios.

La pedagogía de los “Ejercicios espirituales” nos lleva a abrirnos cada vez más a la Palabra de Dios y a la acción transformadora del Espíritu en nosotros para que esta Palabra fructifique. Prepararse para esto es la intención de la «petición de gracia» que acabamos de sacar a la luz. Para San Ignacio, se trata de arraigarse incansablemente en la contemplación del Cristo de los Evangelios, ¡porque es Él quien primero llama y envía!

Quien realiza un retiro de acuerdo con los “Ejercicios Espirituales” de San Ignacio de Loyola es llevado casi a diario para aconsejar a sus participantes en la reflexión sobre una escena del Evangelio. Esto siempre comienza con lo que Ignacio llama una «composición de lugar». Se trata de imaginarse a sí mismo en la escena del evangelio como si lo viviéramos nosotros mismos como testigos o como participantes: imaginar el lugar, ver los personajes, escuchar sus palabras, considerar sus reacciones, etc. Todo esto para «reflexionar, para sacar provecho»⁷ de lo que vemos, de las palabras o los hechos que nos marcan. Como dice la segunda anotación de los Ejercicios Espirituales: «No se trata, en efecto, de conocer a muchos que satisfacen y agradan al alma, sino en sentir y saborear las cosas internamente» (ES 2). El tiempo empleado en aplicar su imaginación para reproducir la escena evangélica en su mente no es insignificante. Incluso es esencial. Porque, de hecho, «en la atracción por tal palabra, en el interrogatorio que no nos deja más o en la maduración de una decisión perturbadora, se juega sin duda la llamada»⁸. La pedagogía ignaciana invita a estar extremadamente atento a lo que se juega en uno mismo, independientemente de los deseos que surjan de la lectura y la meditación de las escenas evangélicas. A medida que aprendemos a identificarlos y recibirlos, gradualmente entramos en un verdadero diálogo con el Señor. Es Él quien me habla, incluso en lo más

7 Ver por ejemplo ES 106-108

8 Paul LEVGAVRE, S.J., *Appels de la vie, appels du Christ*, en “Nouvelle revue Vie chrétienne, n° 7, septembre 2010, p.30.

secreto de mi existencia, es Él quien me llama. La contemplación del texto evangélico se convierte en una escucha de Cristo mismo.

Por supuesto, el Señor también nos habla de muchas otras maneras: por la palabra de los demás, las expectativas de la sociedad, los llamamientos de la Iglesia, etc. Un desacuerdo, una reflexión, una solicitud que «trabaja internamente» puede ser el signo de una llamada más profunda. Pero al invitar a los participantes del retiro a dejar que la Palabra de Dios «evangelice» sus deseos personales para convertirlos en el Señor, la pedagogía ignaciana los lleva a percibir que, de hecho, es a toda su persona la que es llamada. «En el Evangelio, antes de tratar cosas que hacer, las llamadas conciernen primero a las personas»⁹, dice Paul Legavre, s.j., actual director del centro espiritual de Manresa¹⁰ en los suburbios de París. Cuando Jesús llama a sus primeros discípulos a lo largo del Mar de Galilea, no hace una especificación para todo lo que se hará en conjunto. Él se contenta con llamarlos enteramente: «Venid conmigo y os haré pescadores de hombres» (Mt 4,19). En Cafarnaum, responde al discípulo que pide un tiempo de respuesta: «Sígueme y deja que los muertos entierren a sus muertos» (Mt 8,22). La llamada de Mateo es igual de explícita y completa: «Jesús partió de allí y vio, pasando, a un hombre llamado Mateo sentado a la mesa recaudando impuestos. Él le dijo: «Sígueme». Él se levantó y lo siguió» (Mt 9,9). Llamar y enviar están vinculados. Y cada vez, es toda la persona la que está comprometida, en su totalidad, sus habilidades como sus incompetencias para la misión. La pregunta no está ahí. No se trata primero de realizar una tarea la que soy llamado, sino de seguir y de unirnos a una persona: ¡Cristo!

La contemplación regular del Cristo de los evangelios conduce, en la espiritualidad ignaciana, a un apego progresivo que se está volviendo cada vez más estrecho hacia su persona. Lo que hemos aprendido a identificar en nosotros mismos es para llevarnos a Cristo: «Lo más digno de ser considerado es ver a Cristo nuestro Señor, Rey Eterno, y ante él, el mundo. Todo lo que él llama, así como a todos en particular»¹¹. Así es como uno puede hacer la experiencia personal de la llamada de Dios a cada uno.

9 Ibid.

10 Manresa, centro espiritual jesuita de l'Île-de-France: <https://www.manrese.com/>

11 ES 95

Las «mociones» espirituales

Lo que acabamos de explicar acerca de la contemplación de las escenas evangélicas solo es posible si nos damos cuenta gradualmente de lo que llamamos, en la espiritualidad ignaciana, las «mociones».

¿Cuáles son estas «mociones»?

Del motio latino, «movimiento», la palabra indica en la espiritualidad ignaciana los movimientos interiores, los sentimientos que uno percibe y que nos empujan hacia arriba o hacia abajo, según lo que uno siente. Hay que admitir que desde el momento en que «sucede en mí», la objetividad da paso al sentimiento y a la subjetividad. Esta es toda la experiencia de Ignacio de Loyola¹², clavado en su cama de convalecencia y dejando que sus pensamientos vaguen a lo largo de los días, aprende a identificarlos, a nombrarlos para elegir finalmente aquellos que decide conservar:

«Presupongo que hay tres tipos de pensamientos en mí: el primero, propiamente mío, que nace puramente de mi libertad y mi voluntad; Los otros dos vienen de afuera, uno viene del buen espíritu y el otro del malo.»¹³

Aquí también, la nota a pie de página que indica lo que San Ignacio llama «espíritu» es iluminadora:

«Los espíritus, el espíritu del bien o el espíritu del mal, normalmente nos usan, para atraernos en su dirección, los» pensamientos «que provienen de nuestro temperamento, nuestro carácter, nuestro estado físico, etc. Estos pensamientos pueden llamarse «nuestros» cuando los aceptamos o rechazamos, porque es entonces cuando asumen la responsabilidad de nuestra libertad. Los «tres tipos de pensamientos» de los que habla San Ignacio están relacionados con los tres espíritus

12 Para saber más sobre este pasaje de la vida de San Ignacio, leer por ejemplo: Monique LORRAIN, *Discerner – Que se passe-t-il en nous?*, éditions Vie Chrétienne, n° 155, p.13-17.

13 ES 32

que están en la presencia: el espíritu del bien y el espíritu del mal que nos solicita, nuestro espíritu que acepta o rechaza. Y más allá: «Los pensamientos son del mismo orden que los «movimientos»: mucho menos que las ideas, contienen sugerencias que inmediatamente empujan a actuar.»¹⁴

Así que todo sucede en nosotros mismos y, para Ignacio, aquí es donde tienes que aprender a mirar también. Es el trabajo de releer la vida o el «examen de conciencia» en el que se basa la espiritualidad ignaciana.

Para ayudar a sus compañeros a identificar estos movimientos internos, San Ignacio escribió después de sus “Ejercicios espirituales”, «Reglas para sentir y reconocer de alguna manera los diversos movimientos que ocurren en el alma, el bien para recibirlo, el Mal para rechazarlos»¹⁵. En pocas palabras, el «espíritu bueno», es decir, «el espíritu de Dios» traerá gozo y paz al alma, le dará fuerza y valor. El «espíritu malo», mientras tanto, viene a oponerse al impulso de la vida. Conduce a la mentira, al desánimo, engendra tristeza y amargura, dudas y tentaciones. Puede llevar al aislamiento y al confinamiento en uno mismo. Esto es exactamente lo contrario de lo primero.

Este no es el lugar para entrar aquí en las sutilezas de la acción del espíritu del bien o del espíritu del mal que puede llegar tan lejos como para tomar la apariencia de su opuesto. Simplemente recordemos que es esencial aprender a identificar lo que está sucediendo en uno mismo, aprender a poner palabras en esta experiencia espiritual (Ignacio habla de «desolación» cuando uno se deja derribar, o de «Consolación» cuando se mueve hacia arriba¹⁶) para no sufrir, sino para ser un actor principal. Ignacio de Loyola también llama a esto el «discernimiento de los espíritus».

Aprender a releer la vida de uno mismo identificando en sí mismo los movimientos espirituales que surgen es un ejercicio infinitamente difícil. Incluso me atrevería a decir más y más difícil en un mundo donde la

14 Saint IGNACE DE LOYOLA, Exercices Spirituels, op. cit., p.34

15 Ibid., p.167

16 ES 316 y 317

interioridad, la vida interior, es poco tenida en cuenta. Nuestra pregunta principal es considerar si la pedagogía catequética puede contribuir a ello.

EN DOCUMENTOS CATEQUÉTICOS

Acabamos de descubrir en la pedagogía ignaciana tres puntos de apoyo para aprender gradualmente a tomar conciencia de que cada uno de nosotros, personalmente, somos llamados por Dios e invitados a responderle aceptando ser enviados por Él:

- La «solicitud de la gracia» que lleva a desarrollar una disposición del corazón que requiere ser educado pacientemente. Se trata de aprender a dirigirse al Señor para escucharlo de manera plena y entera.
- La contemplación del Cristo de los evangelios que lleva a uno a estar apegado a él y escuchar su llamada personal.
- El «discernimiento de los espíritus» que nos lleva a aprender a identificar en nosotros mismos los «movimientos» espirituales, estos movimientos internos que nos habitan, para elegir libremente nuestra respuesta a la llamada del Señor.

Es necesario observar ahora cómo la pedagogía catequética puede contribuir a este aprendizaje.

En su “Texto nacional para la orientación de la catequesis en Francia”, publicado en 2006, los obispos de Francia seleccionan una «pedagogía de iniciación»: Llamamos «pedagogía de iniciación» a cualquier paso que consiga que una persona tome conciencia del Dios que le llama¹⁷. Esto es precisamente lo que estamos diciendo: ¿cómo puede la pedagogía catequética hacer que las personas tomen conciencia de la llamada de Dios y acompañar esa invitación para responder a ella? Nos tomamos tiempo para analizar en detalle un itinerario catequético ampliamente utilizado en Francia hoy en día y que implementa, en parte, esta pedagogía de iniciación.

¹⁷ Conférence des Evêques de France, *Texte national pour l’Orientation de la Catéchèse en France*, Bayard/Cerf/Fleurus-Mame, p.27 (En adelante TNOCF)

En la colección «Señor, nos llamas» para niños de 8 a 11 años, uno de los doce módulos se llama «Dios llama y envía»¹⁸. Propone una ruta en cinco etapas para que las personas catequizadas descubran la siguiente declaración de fe:

«El Señor llama al hombre tal como es, en donde se encuentra para difundir la Buena Nueva del amor de Dios. Esta llamada también se está transformando. Al responder a la llamada de Dios, el hombre responde a su vocación como hijo de Dios y participa en la Iglesia, cuerpo de Cristo, encontrando en Jesucristo la fuerza para vencer obstáculos mediante el aliento del Espíritu. Santo dado en el bautismo y la confirmación»¹⁹.

No tenemos el espacio aquí para desplegar la totalidad de la propuesta catequética de este documento, por lo que me contentaré con subrayar ciertos elementos que me parecen ir en el mismo sentido de la pedagogía ignaciana destacada anteriormente.

Abre tu corazón al Señor y prepárate para escucharlo.

La primera etapa del módulo catequético se llama «La llamada» en la guía del animador y «Ser llamado» en el folleto del niño. El facilitador de la guía presenta el desafío catequético de este paso 1: «La llamada de Dios no solo pasa por las palabras, sino que toma tiempo para llegar hasta el corazón de una persona. Cuando se le escucha, permite que la persona a la que se dirige se realice plenamente»²⁰. Hay que tener en cuenta la noción de tiempo necesario para escuchar la llamada. Se trata de descubrir, a través de algunas historias, qué produce en otras personas el hecho de ser llamado. Siguiendo estas historias, se le pide al niño catequizado que

18 Dos obras han sido analizadas: La guía del animador y el libro del niño que se presenta bajo forma de fichas a insertar en un clasificador. *La Diffusion catéchistique – Lyon, Seigneur tu nous apelles- Documents du catéchiste*, collection “A la rencontre du Seigneur”, Mame-Tardy, 2011; *La Diffusion catéchistique – Lyon, Dieu appelle et envoie*, collection “*Seigneur tu nous appelles- Documents du catéchiste*, op. cit., p.124.

19 *La Diffusion catéchistique – Lyon, Seigneur tu nous appelles- Documents du catéchiste*, op.cit., p. 124

20 *Ibid.*, p.126.

cuestione su propia situación: «¿Has contestado a una llamada? Si es así, ¿cuál? ¿Cómo?»²¹.

La apertura a Dios y la invitación a percibir su llamada también son sensibles en la invitación a preguntarse sobre el título de la colección («Señor, nos llamas»)²² y las palabras de la canción «Al encuentro del Señor» «Vamos a ver al Señor, vamos a su encuentro, nos llama. Vamos a encontrarnos con el Señor, vamos a recibirlo, él nos envía». Este estribillo se repite a lo largo de los años de catequesis. Se memoriza gradualmente y es en este módulo que los niños están invitados a darle un significado especial al escucharlo como una llamada personal.

No hay petición de gracia como tal, pero los momentos de oración marcan las diferentes etapas y llevan a los participantes a dirigirse al Señor. Por ejemplo, el tiempo de oración al final de la primera etapa nos invita a decir: «A veces me pregunto, Señor, si te dejo entrar en mi vida, sube a mi barca... Yo también, llámame para que te siga». Amas compartir nuestras vidas y nos trasmites el amor de Dios Padre para cada uno de nosotros»²³.

Entender la llamada del Señor a través de las Escrituras.

Este punto parece particularmente bien considerado en este material catequético.

Primero, porque en cada una de las cinco etapas del itinerario, los participantes siguen al apóstol Pedro en su viaje siguiendo a Cristo:

- Paso 1: La llamada de Pedro (Lc 5: 1-11)
- Paso 2: Jesús camina sobre el agua y Pedro se une a él (Mt 14,23-33)
- Paso 3: La profesión de fe de Pedro (Mt 16,1-3-19)

21 Ibid.

22 Ibid., p.127

23 Ibid., p.128

- Paso 4: La negación de Pedro (Mt 26,69-75)

- Paso 5: Simón, ¿me amas? (Jn 21,15-19)

Cada vez, el texto del Evangelio se lee en su traducción litúrgica oficial directamente en el libro “Hable Señor, tu palabra es un tesoro”, una colección de textos bíblicos elegidos por los autores para rastrear las etapas principales de la historia de la salvación. La pedagogía implementada invita a los niños a identificar las palabras, las reacciones y los movimientos de fe de los personajes, a expresar sus preguntas, pero también a cuestionar la relación de Pedro con Jesús y, a partir de ahí, sobre su propia relación con Jesús²⁴.

Otra observación interesante: en la etapa 2, un juego de cartas titulado «Las vocaciones»²⁵ ofrece a los niños, como en un juego de 7 familias, reconstruir 7 historias bíblicas que destacan un personaje llamado por Dios. Para cada uno de ellos, se les invita a ubicarse en el texto bíblico correspondiente²⁶:

- El momento de la llamada del Señor.
- La respuesta de los llamados.
- La misión que se les confía
- Las dificultades que encuentran.
- Los frutos que llegan.

En estas siete historias, cinco están en el Antiguo Testamento: Abraham, Moisés, Jonás, Jeremías y Samuel; dos están en el Nuevo Testamento: María y Pablo. Pero la pedagogía sigue siendo la misma: se trata de observar, se podría decir en el lenguaje ignaciano «contemplar», la narrativa bíblica para escuchar por sí mismo también la palabra del Señor. No es trivial que esta etapa termine

²⁴ Ibid., p.133

²⁵ Ibid., p.130

²⁶ Ibid., Ver igualmente le libro del niño p. 3-5

con una canción titulada «Escucha la voz del Señor» y en un momento en el que se invita a los niños a anotar para ellos mismos lo que desean guardar de las palabras que han descubierto y escuchado durante esta etapa²⁷.

Aprende a releer la vida identificando los movimientos internos.

Esta última ambición es probablemente una de las más difíciles de implementar. Requiere constancia y regularidad en los encuentros, pero también una cierta agudeza espiritual que no es obvia hoy en día, como hemos visto.

En este material catequético, nos parece que se propone una primera iniciación en este sentido cuando, al final de cada etapa, el catequista sugiere a los niños que anoten lo que los marcó en esta sesión, lo que los sorprendió, que han descubierto o lo que quieren guardar para sí mismos. No se espera una respuesta «buena» o «mala» aquí, sino que lo que se le pide al niño es que descubra por sí mismo lo que le marca. Todos los temas propuestos para animar se llaman «hitos personales»²⁸ y llevan a invitar a los niños a preguntarse sobre lo que sucede en sí mismos en el sentido en que lo vimos con Ignacio con las «mociones». Pero es un primer paso para aprender a pensar por sí mismo sobre lo que desea mantener o hacer, dejando un entorno escolar donde sería cuestión de encontrar «la respuesta correcta». El último «hito personal», al final de la etapa 5, invita a todos a responder a la llamada de Dios: «¿Qué es lo que voy a hacer para estar más cerca de los demás, más cerca de Dios?»²⁹

CONCLUSIÓN

Para concluir, lo que hemos enfatizado hasta ahora requiere un aprendizaje lento y paciente. Esto solo se puede lograr a largo plazo y por medio de la compañía de un hermano o hermana que tenga más experiencia en la vida espiritual. De hecho, es una iniciación progresiva. De esto se dan dos implicaciones principales para la pedagogía catequética:

27 Ver «Jalon personnel», *La Diffusion catéchistique – Lyon, Seigneur tu nous appeles – Documents du catéchiste*, op. Cit, p.131

28 Ibid., p.128,131,134,137 y 140

29 Ibid., p.140

- La necesidad de proponer itinerarios catequéticos que se desarrollen en el tiempo y permitan al catequizando avanzar paso a paso, un poco como los “Ejercicios Espirituales” de San Ignacio.
- La necesidad de que el catequista tenga una vida espiritual nutrida y releída para ser para la persona que acompaña un «primogénito en la fe»³⁰ como se indica en el “Texto Nacional para la Orientación de la catequesis en Francia”.

Estos dos elementos son problemáticos en la actualidad. Por lo que vemos, al menos en Francia, nuestros contemporáneos viven en la inmediatez y tienen cada vez más dificultades para comprender la necesidad de un aprendizaje que lleve su tiempo. ¡Necesita resultados ahora mismo para que sea rentable! Además, los catequistas que vemos hoy en el trabajo están cada vez menos capacitados, ya sea en conocimientos bíblicos o doctrinales, o también en su propia vida espiritual. Hay dos grandes riesgos aquí para la transmisión de la fe en los próximos años. Ambos pasan por la urgencia de tomar conciencia del carácter ineludible de la formación bíblica, teológica y espiritual de todos los catequistas, pero en general de todos los bautizados que deben asumir una parte de la responsabilidad catequética.

30 Ver por ejemplo TNOCE, p.33

